

Sobre una antología de Charles Bukowski

Antonio Cajero

Poco después de la Segunda Guerra Mundial (1939/1945) aparece, principalmente en el sur de Estados Unidos, un grupo de poetas que a sí mismos se nombraron *beats*, golpeados: víctimas bajo una piel distinta, descreyentes del orden instaurado por el "sueño americano"; poetas y narradores encabezados por Jack Kerouac respondieron al mundo con sus escritos, unos desde una perspectiva desesperanzadora y pesimista (por lo tanto pendientes de la esperanza), otros más moderados que intentaron cambiar no sólo el estado de cosas a través de sus escritos, sino que se amurallaron contra los cánones estéticos venidos, principalmente de Europa, a tierras americanas.

El punto coincidente de Allen Ginsberg, William S. Burroughs, Charles Bukowski y Jack Kerouac, entre otros, fue el desafío, la lucha personal, lírica, contra las apariencias, contra las mentiras y el maquillaje de las instituciones gringas; quizá por esto los *beats* intentaron residir de este lado del Río Bravo. Diría Burroughs en 1952: "Presiento que mi lugar está al sur del Río Grande".

Asimismo dicho desafío abierto tenía como objetivo principal restablecer el *estado poético del hombre*, una vuelta a la naturaleza ingenua y virginal de la humanidad. La escritura epatante, además, confirma la oposición a las clases dirigentes: prostitutas, borrachos, locos y seres de las calles en general pueblan el universo literario de estos arrojados del mundo.

La "generación *beat*" ("generación furtiva": Kerouac) mueve el tapete a las mentes esclerosadas y a la moralina institucional; por eso algunos miembros como Ginsberg fueron perseguidos y procesados judicialmente, por *obscenos*. Palabra enemiga que cuanto alude pone al desnudo, desnudez donde se descubre la maraña de artificios usados por las clases dominantes: el afán beligerante y neocolonizador, el destino manifiesto aún vigente, la voz alienante de los medios masivos de comunicación: fusil en manos de la dirigencia yanqui contra el mundo.

Esta introducción tiene como objetivo situar a un poeta y narrador: Charles Bukowski. Hace años, en 1983, la Universidad Autónoma del Estado de México publicó una antología de la obra poética de Bukowski. En esos años José Vicente Anaya dirigía el departamento editorial de dicha institución. Anaya promovió el conocimiento de la literatura *beat*. Entre otros aciertos editoriales, sólo véase el catálogo de publicaciones de la Universidad. Ahora se ha puesto al público la segunda edición de *Soy la orilla de un vaso que corta, soy sangre* del germa-

noestadounidense Bukowski. La presentación, selección y versión de este libro corresponden a Roberto Castillo Udiarte. Vayamos al texto.

La muestra poética, porque sólo son unas hojas del gran árbol, que aparece en *Soy la orilla de un vaso que corta, soy sangre* permite entrever la actitud *beat*, "teníamos la sensación de una especie de fracaso" (Kerouac), pero también asistimos a una suerte de blasfematorio en que el poeta se refugia contra todo y contra todos, porque "el hedor final/es el mundo".

Bukowski cumple en su poesía, de alguna manera, lo que Ginsberg opinaba acerca del arte y la vida:

Ser y obra debería ser una sola cosa. El resto es mentira y basura. Si en verdad somos artífices del fuego primitivo y de la ternura, resulta inconcebible que no seamos en la vida cotidiana lo que somos en nuestros escritos.

También Gregory Corso: "Soy la poesía que escribo". Así, poesía y vida son una sola cosa en *Soy la orilla de un vaso que corta, soy sangre*, "quien vuelve sus hojas toca un hombre" (Withman). Bukowski se refiere en constantes ocasiones a la locura-de-los-otros, "hombres que te matarían porque están locos"; se trata de una locura distinta a la experimentada por los *beats*, por ello no resulta trascendente, sí la de éstos porque es locura muy particular, al estilo de Edgar Allan Poe:

Cuando digo "locura" quiero decir lo que veo en un manicomio: gente en el quinto infierno: gente aporreada, sumisa, blandengue, extraviada. Sin ardor ni intensidad de vida. Hay de locura a locura... Enloquecer no es ver visiones, sino *confundir* niveles. (Burroughs)

Y sí, estos niveles de la realidad se (con)funden: entre la vida y la obra hay sólo, para los *beats*, una frontera intangible, la escritura. Ésta es una capacidad especular del poeta, ahí vacía su existencia: deseos, dolores y esperanzas se revuelven con el papel y la tinta. Herederos de Pound y Withman, los *beats* escribían más para (y desde) el hombre que llevaban dentro, no importaba la fama (sí que fuesen leídos) ni el dinero (sí la riqueza

Antonio Cajero. Poeta. Licenciado en Letras Latinoamericanas. Ha colaborado en varios diarios locales y nacionales. La editorial la Tinta del Alcatraz publicó su libro *Espejo de agua*.

de sus poemas). De esta manera Bukowski tiende ante la vista azorada de los lectores sus vísceras como ofrenda:

después de varios poemas
el poeta se levanta
y anuncia
“ustedes pinches mierdas,
creen que esto es fácil
pero no es más que un desangrarse
hijo de su chingada madre”.

Porque lo más difícil no es ser poeta sino, lobo con piel de oveja, hombre; “hacer vida es mucho más difícil” (Maia-kovsky):

¿Qué clase de mierda es ésta?

Es tan fácil ser poeta
y tan difícil ser
hombre.

Aunque “muerto muchas veces”, el poeta (atrás el hombre) sigue “creyendo y esperando, esperando”, ¿a ese Godot-Deseo-Dinero-Dios-Miseria-Muerte?:

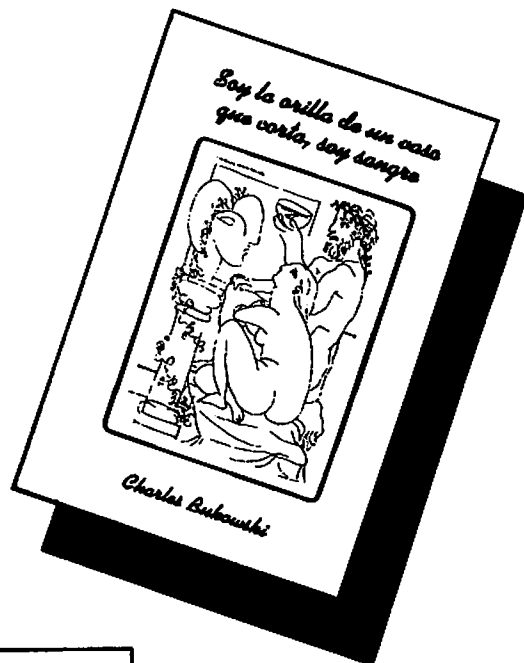
muy bien, concédanos este momento:
parado frente al espejo
en el traje de mi padre muerto
esperando también
a la muerte.

Vaso sin fondo, el poeta llena con nada el vacío y, por el contrario, expulsa sus golpes de palabras, pedradas de voz: lanza David su suerte contra la frente de Goliat:

hombres que se paran ante ventanas de 10 metros de
[ancho y
nada ven,
hombres con lujosos yates que pueden viajar alrededor
[del mundo
y sin embargo nunca salen del bolsillo del chaleco,
hombres como caracoles, como anguilas, como babosos,
y no tan útiles.

El blanco son los-otros. Bukowski, aunque no es un misántropo declarado (sí un solitario, hijo de la soledad), detesta la legión de burócratas y ricos que controlan los buenos modales y el bien actuar de una sociedad anquilosada, silenciosa y resignada. Porque “un poeta es un espía, pero no de asuntos políticos, él nos espía a todos y a todos nos informa” (Corso). Bukowski espía también, como si estuviera detrás de las rejas de un hospital psiquiátrico, ¿qué hay detrás de los ojos vacíos de un loco, lleno de resentimiento, si no un espía?

Después de todo la escritura es una forma de suicidio, aunque de algún modo placentero; desdice al poeta, lo nombra y lo desnuda a un tiempo; escribir cansa (paráfrasis pavesiana), es la orilla del vaso y la sangre derramada:



soy una cortina incendiándose

soy agua evaporándose

soy una víbora soy la orilla de un vaso que corta
soy sangre

soy este caracol ferviente
que se arrastra a casa.

Sin duda, *Soy la orilla de un vaso que corta, soy sangre* es una antología en que aliento y desaliento se entremezclan, un nacer y morir donde la vida crece. Hoy la palabra subversiva de Bukowski no deja de ser vigente, acude al mundo, se instala en él para que alguien la vuelva suya: aullido feroz de doble filo, hacia el pasado uno y otro hacia el futuro.Δ

Charles Bukowski, *Soy la orilla de un vaso que corta, soy sangre*, 2a. ed., UAEM, Toluca, 1995, 121 pp. [Selección, presentación y versiones de Roberto Castillo Udiarte.]